

an cora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 10 MARZO 1960

NÚM. 622

AÑO XIII

Egoistas de Tiempo



El tiempo, ese tesoro tan valioso para todos, aunque tan despreciado para algunos, lo administramos a nuestra manera, según la idea que de su valor tenemos y la hipoteca que sobre él hemos contraído con el prójimo. Su caudal varía fundamentalmente en cada uno, al nacer, y en la medida que el destino nos tiene trazada, sin que podamos hacer nada para aumentarlo o disminuirlo, salvo los cuidados que le dedicamos para conservarlo en caso de enfermedad y hacerlo duradero hasta el máximo posible al llegar a la senectud.

Basicamente, sin embargo, y dejando aparte los contratiempos fortuitos y los azares que la fortuna nos depara en el curso de nuestra vida, al nacer, y considerando normal nuestro desenvolvimiento natural en el mundo, disponemos todos, por igual, del mismo capital-tiempo.

De cada uno, por lo tanto, depende el administrarlo según medida y provecho, o malgastarlo inutilmente, sin rendimiento alguno, y aun en perjuicio propio y de los demás.

Con el tiempo sucede algo parecido que con el dinero. Hay quien dispone de mucho y lo despilfarra lastimosamente a manos llenas, sin preocuparse de que va a quedar sin blanca. En cambio, otros, con muy poco capital, y aún sin él, saben distribuir en tal forma su misero pecunio que, en vez de agotar sus fondos, los aumentan cada día y llegan con el tiempo a acumular una gran fortuna.

Persona conocemos que tiene ocu-

padas casi todas las horas del día y aun le sobra tiempo para cultivar sus amistades, mantener relaciones sociales honrosas y dedicar unos minutos a su solaz espiritual. Otras en cambio, no teniendo obligaciones a que atender, o muy pocas, derrochan sus abundantes horas libres en la inactividad o en el devaneo infructuoso.

No faltan tampoco en ese manejar de la riqueza tiempo los avaros contumaces. Aquellos cuyo régimen distributivo de sus horas es tan riguroso que no permiten se les distraiga ni un minuto de los que tienen asignados en su programa diario. Son los egoistas del tiempo. Egoistas de una riqueza que no han adquirido a costa de ajenos quebrantos, o en negocios en los que otros han perdido. Sino egoistas en su propio patrimonio temporal, y que nadie puede discutir como ilegalmente poseído...

Pero, ¡alto!, que aquí hay que hacer una salvedad en eso de la propiedad tiempo, exclusiva de cada uno. ¿Es que honestamente podemos disponer en absoluto de nuestro tiempo para fines estrictamente personales? Este patrimonio con el cual nacemos ¿no comporta un débito moral ineludible para con la comunidad a la que pertenecemos? ¿Es razonable el usufructo egoísta de un haber que, aunque particular, es parte del capital común de la colectividad que es nuestra depositaria?

Moralmente debemos admitir que no. Es una cuenta de cuyos beneficios debemos rendir parte a nuestros hermanos sociales. Cada uno debe pagar su tributo al fondo común, sea en calidad de ayuda moral, o de colaboración a las tareas colectivas. Pues a fin de cuentas, de nuestro caudal tiempo hay una parte, grande o pequeña, según la condición de cada uno, que pertenece al prójimo, y que no podemos

Sintonia

Por cuenta propia

La palabra ha sido siempre objeto de cotización, sea ésta moral o material. Hablemos de la segunda y declaremos que nunca, como ahora, esta cotización había llegado a tan alto nivel como está llegando actualmente. Un ejemplo:

—«Extraordinario para la velada. Compre «ele» hoy mismo, señora. Verá que...» Estas palabras cuestan montones de pesetas, y ¿cuántos ejemplos podríamos poner como este? Muchísimos.

La palabra se vuelve oro. Para unos, es la fortuna, como la de los cantantes. Para otros un dispendio enorme. Entre éstos a partir de ahora, está la de aquellos que pretendan hablar por teléfono desde cualquier bar de la ciudad, a otra persona de la misma ciudad. Cada palabrita le costará su dinero, con las nuevas tarifas aumentadas para dichos establecimientos.

— Voy a hablar con mi novia para que me recoja aquí en el Bar. Si el diálogo es breve, casi telegráfico, ocho palabras, pongamos, pues veinte céntimos cada una. Queda, sin embargo, un recurso para resarcirse de este aumento. Llenar los tres minutos mínimos con un diálogo nutrido, efectivo: «Nena, pues voy a decirte por que hemos perdido el partido de esta tarde. Primero, porque el once contrincante, cada uno iba detrás del balón igual como iban los nuestros. Y luego, porque nosotros éramos solamente once, y ellos eran once y el árbitro».

Únicamente la abundancia de palabras en los locutorios de los bares podría resarcirnos de este otro aumento que acaban de ponernos.

Y si así no resultase efectivo, quizá lo mejor fuera hacerse cada cual con un telefónico y establecerse por su cuenta.

dejar de ceder sin pasar por insolventes ante la sociedad.

Reflexionemos de vez en cuando sobre esto, y veamos si vamos saldando esta cuenta, o si vamos quedando cada día más al descubierto.

Xavier